



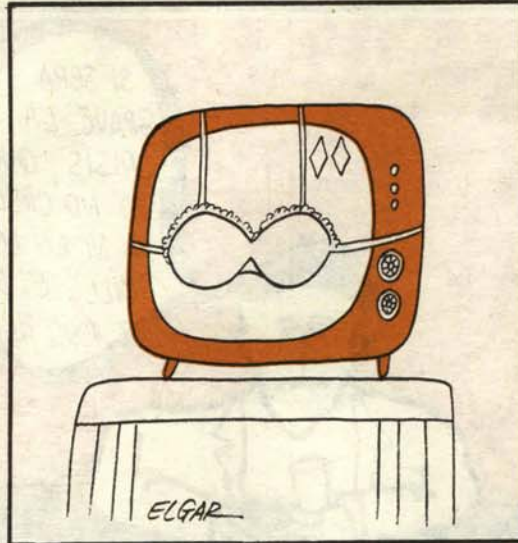
CUANTO MAS CAMBIA

Cambian las circunstancias, no las cosas; el individuo, no la masa. El inglés, por ejemplo, sigue siendo pirata aunque se le hayan acabado los barcos. Cuando un inglés que merezca tal nombre está hablando con otra persona, sobre todo si es un extranjero, calcula instintivamente las posibilidades que tiene de explotar en beneficio propio cualquier debilidad de su interlocutor. El arma tradicional del inglés es la ley, como para nosotros el respeto a la moral y las buenas costumbres, a cuyo socaire nos consideramos en libertad de campar por nuestros propios respetos y al cuerno el resto del mundo. Los ingleses, que llevan siglos exportando terrorismo legal a Irlanda entera, están ahora invocando la ley para condenar el terrorismo que exportan ilegalmente a Londres los irlandeses.

En Gran Bretaña se considera que es deber de todo ciudadano consciente aprovechar hasta el máximo todas las oportunidades que le brinda la ley de soslayarla e incluso de incumplirla, y este derecho los jueces ingleses lo defienden con la misma tenacidad con que nosotros invocamos las buenas costumbres y la moral para hacerle la vida imposible al vecino. Un inglés en apuros busca circunstancias legales, no morales, para salir de ellos; su instinto le dice que la hipocresía donde mejor descansa es en el código penal.

El idioma revela características nacionales que resisten al tiempo y que la política o las conveniencias tratan de disimular o camuflar. El verbo «ganar» es un ejemplo: en ruso el dinero se «trabaja», y esto es anterior, proféticamente, al bolchevismo; en húngaro se «busca», cosa lógica en un pueblo de nuevos pastos; en alemán se «merece» y en inglés «se toma en serio» («to earn», ganar, viene de la misma raíz que «earnest», seriedad), paternal actitud propia de países tan paternalistas y minuciosos (los ingleses, después de todo, no son más que alemanes domesticados). En nuestros idiomas latinos, sin embargo, se gana como al azar, como si el Mediterráneo fuera una gran ruleta en torno a la cual jugamos todos desde tiempos de los romanos, como mirando a ver lo que cae. El tiempo roe, pero no corroe: cuanto más cambian las cosas tanto más son lo mismo. Y si no, al tiempo.

B. WOLF



ATRACO FRUSTRADO

A PENAS se abrió el Banco, un individuo enmascarado por las lágrimas penetró en el local y dirigiéndose al apoderado, extrajo del bolsillo un manojito de fianzas y cartas de presentación y, apuntándole, le conminó a que le entregara un crédito. Como el empleado de la entidad se resistiera, el individuo disparó al aire una ráfaga de advertencia, consistente en memorias de balances de años anteriores demostrativos de la buena marcha del negocio. Aun con riesgo de

su vida, el cajero se abalanzó sobre el desalmado y le soltó a boca-jorro un discurso sobre política económica muy documentado en estadísticas de la coyuntura actual, que desaconseja toda concesión de créditos. Personado el guarda de seguridad —que estaba llenando el

botijo en el momento del suceso— el asaltante, viéndose perdido trató de abrirse paso como fuera, abrazándose a las rodillas de los empleados, bendiciendo a sus madres y besando sus manos, mientras gimoteaba. Gracias a la valiente y decidida acción de los empleados del Banco, cuya vida guarda Dios muchos años, el atracador fue detenido, identificado como un empresario sin liquidez, y puesto a disposición de un usurero que quizá le adelante los créditos a elevados intereses.

PIBE

